

Irritado el cadí de aquella fuerza de carácter, de aquella inquebrantable voluntad, dando rienda suelta á su reconcentrada ira, ordenó á los verdugos que aplicasen el tormento á la santa vírgen. Cruels golpes hieren su delicada cabeza: sus finos cabellos se tiñen con la roja sangre que mana de sus heridas; pero ni los dolores de su cuerpo ni los razonamientos mas persuasivos son bastantes para hacerle variar de resolucion.

Un sentimiento mas poderoso que todos los dolores físicos sostenia su alma, y aquel purísimo sentimiento que inundaba de celestial amor su espíritu religioso, se sobreponia á todo.

Conducida por su hermano á la casa paterna, dispuso este que la curasen sus heridas; pero apenas convaleciente Flora, volvió á ausentarse acompañada de otra vírgen cristiana, y acudió de nuevo ante el cadí, confesando la religion verdadera, y protestando vivir y morir en ella, sin temor al martirio que cada momento anhelaba con mas fervor.

Entonces el juez mandó conducirla á una estrecha é insalubre mazmorra. Larga y penosa prision siguió á su encierro, del que ya salió tan solo para sufrir el martirio, muriendo degollada el 24 de Noviembre del año 851, dia en que la Iglesia celebra su memoria.

Arrojado el cadáver al Guadalquivir, en vano pretendieron descubrirlo los cristianos para dar á sus restos honrosa sepultura: las lentas aguas del rio, lo envolvieron para siempre entre sus ondas.

## COLUMBA Y POMPOSA.

### I.

Columba, cuyo nombre parecia simbolizar la pureza y sencillez con que dotó el cielo á esta ilustre vírgen cordobesa, era hija de nobles y ricos padres de aquella ciudad y hermana de Martin é Isabel, que se distinguieron desde muy temprano por su piedad y por su ardiente fé religiosa.

Vivia Columba en medio del fausto y la opulencia como destinada á brillar en el mundo á que ya habian renunciado sus hermanos, y sufría al verse rodeada de tantos placeres, por que un secreto presentimiento llamaba su alma al cielo.

Desde muy niña, gustaba mas que de vivir en el hogar de sus padres, de la casa de su hermana Isabel que se asemejaba á un verdadero monasterio, segun la observancia y ejercicios de virtud que en ella se practicaban. Su madre que tenia pensamientos de diverso orden que las hijas, no solo se opuso á estas aficiones de la niña Columba, sino que manifestó su disgusto á Isabel, por creerla instigadora de su hermana, culpándola de que no solo se privaba ella de los goces mundanos, sino que tambien apartaba á Columba de los bienes que el Señor la habia concedido.

Con objeto de disuadirla de su intento quiso que Columba contragese matrimonio; pero un acontecimiento providencial vino á poner termino á sus designios dándola una repentina dolencia que en breve

concluyó con su vida, quedando Columba al propio tiempo que triste y pesarosa por la muerte de su madre, en completa libertad de llevar á cabo su propósito de consagrar á Dios sus dias.

Para ello se reunió con su hermana Isabel viviendo en Córdoba algun tiempo y retirándose despues al convento que esta á sus espensas mandó construir en las asperezas de la sierra; y desprendida así Columba del bullicio del mundo, en medio de la soledad y el retiro, fijó su mente en el cielo, dedicándose al estudio de la palabra divina.

De este modo logró alcanzar tal suma de gracias y virtudes, que segun los palabras de un santo apologista<sup>1</sup>, «en la castidad era perfecta, en la caridad firme, en la oracion atenta, en la obediencia pronta, en la compasion clemente, en perdonar fácil, en instruir discreta, en querer ser instruida diligentísima.»

Era tan caritativa en el trato con los demás que no se propasaba á juzgar á otro, ni menos á decir mal de nadie: tenia tan reprimida la ira que si alguna vez veia negligencia en alguna de las jóvenes religiosas, las corregia humildemente con una mirada; y para mayor abstraccion de sus sentidos, estando acostumbrada á vivir en espíritu quiso abstraerse hasta de sus compañeras y pidió una celda apartada para vivir en absoluto retiro.

Aislada allí Columba, era segun la frase de un concienzudo historiador sagrado<sup>2</sup>, como la paloma metida en el hueco de la piedra, meditando continuamente en las palabras y perfecciones de su esposo Jesucristo.»

Publicóse por entónces un decreto que prevenia que todas las iglesias y fábricas edificadas nuevamente por los cristianos, fuesen demolidas. Una de estas era el monasterio que servia de retiro á Columba, y ella y sus compañeras tuvieron que alojarse en una casa de la ciudad. Allí la casta virgen lloraba su perdida quietud, aspirando en medio de su santo misticismo á gozar en el cielo el eterno reposo.

<sup>1</sup> San Eulogio.

<sup>2</sup> P. Flores.

Tales pensamientos habian de llevarla naturalmente á desear el martirio desde el fondo de su alma, y enardecida con este espiritual deseo, abrió secretamente la clausura, anduvo por las calles de la ciudad que no conocia, y presentándose ante el cadí trató de disuadirle de sus errores exponiéndole los fundamentos de la religion verdadera, explicándole sus divinos misterios con intuitiva lucidez y presentando ante sus ojos las abominaciones de la secta de Mahoma.

Escandalizado el cadí de tal audacia la condujo al supremo Consejo, ante el cual volvió Columba á ratificar su confesion.

Los supremos Jueces indignados por la inmutable constancia de quien estaba tan firme en el dogma cristiano, mandaron que fuese degollada inmediatamente en la plaza pública del palacio. La virgen salió con ánimo tranquilo y presentó docilmente su cuello á la cuchilla del verdugo, regalándole ántes un presente que llevaba prevenido, como para premiarle el gran bien que iba á concederle.

En breve su humeante sangre empapó sus vestiduras y su alma subió á gozar de la doble palma de virgen y de mártir que el cielo la tenia preparada.

Su cadáver no fué expuesto á la inclemencia ni colgado á la voracidad de las aves de rapiña, sino que fué arrojado al rio. A los seis dias se halló incorrupto por unos monges, que llevándole á la ciudad, le dieron honrosa sepultura en la iglesia de Santa Olaya, ántes de terminar el año 853.

## II.

La nueva persecucion sarracénica contra los cristianos parecia avivarse más y más, á medida que nuevas víctimas sellaban con su sangre la purísima fé que, como tesoro inestinguible, guardaban dentro de sus corazones.

A imitacion de las persecuciones de Diocleciano pretendian

apagar los perseguidores sus remordimientos inmolando nuevas víctimas en aras de su nefanda religion.

No eran suficientes, sin embargo, estos crímenes para entibiar siquiera la fe de los cristianos, cuya sangre se convertía en riego fecundo, para que germinase con nueva vida el árbol frondoso de la pura creencia.

Fueron los padres de Pomposa nacidos en Córdoba y tan desprendidos de las vanidades que ofrece el mundo, que vendieron su hacienda para fundar un monasterio á una legua de la ciudad, sobre la montaña, junto á una peña, frecuente asilo de enjambres de abejas, de donde le provino el nombre de *Piña ó peña melaria*.

Terminada la obra, padres é hijos pasaron á habitar el monasterio, y aunque la menor de ellos en edad era Pomposa, á todos aventajaba en virtud, inocencia y sencillez. El estudio de las escrituras sagradas era su predilecta ocupacion, y tan verdadera su humildad que sufría con gran tolerancia lo que parecía ceder en su desprecio.

Consumóse á la sazón el martirio de Columba con quien tenía la inocente Pomposa estrechísima amistad. Este acontecimiento alegró vivamente su alma, pues ponía ante sus ojos un sublime ejemplo que seguir; pero su familia que tenía muy conocido el ánimo inquebrantable de la doncella, la celaba y guardaba asiduamente, para contener el amor de martirio que germinaba en su corazón.

Los cristianos en tanto eran cruelmente perseguidos, y burlando Pomposa toda la vigilancia de que estaba rodeada, al siguiente día de la muerte de Columba, aprovechándose de las sombras de la noche, rompió la clausura, deseosa de alcanzar el martirio, en que tan gloriosamente la había precedido su amiga algunas horas antes.

La noche todavía inundaba con sus medrosas tenebras el perfumado monte á cuyo pié se dilataba la campiña, regada por las tranquilas ondas del Guadalquivir. La lobreguez de las tinieblas, la aspereza y soledad de los solitarios campos, hubieran podido infundir pavor al más intrépido; pero aquella alma, iluminada con la luz celestial, caminaba tranquila, distinguiendo en lontananza

el risueño porvenir que Dios guarda á los mártires en la vida eterna.

Apenas rayaba el día cuando los fatigados pies de Pomposa pisaron las calles de la ciudad. Sin detenerse llegó hasta la presencia del Magistrado, y enardecida por la viva fe que animaba su espíritu, le hizo una elocuente explicacion de sus creencias, exponiendo los misterios de la santa religion cristiana y abominando los falsos ritos de la impura secta de Mahoma.

Por toda respuesta el bárbaro cadí mandó fuese decapitada en las puertas de su palacio; sentencia que escuchó Pomposa con júbilo y tranquilidad. El bendito cadáver arrojado al río, tumba gloriosa de tantos mártires de la fe, y sacado de las aguas por unos piadosos cristianos, recibió de ellos humilde sepultura en una fosa cubierta sencillamente de tierra, de donde algunos días después fueron conducidos por monges y sacerdotes á la iglesia de Santa Olaya.

Allí á los piés de la urna funeraria de Santa Columba fué depositada Santa Pomposa, para que ni aun la muerte dividiese á las que en vida fueron compañeras en virtud, en inocencia y martirio.